

Última generación

Iain M. Banks

Traducción:
Cristina Gómez Llorente



Libros publicados de Iain M. Banks

LA CULTURA

1. Pensad en Flebas
2. El jugador
3. El uso de las armas
4. Excesión
5. Inversiones
6. A barlovento
7. Materia
8. Última generación

Otras novelas:

1. Contra la oscuridad
2. El artefakto
3. El algebrista

Título original: *The State of the Art*
Primera edición

© 1991, Iain M. Banks

Ilustración de cubierta: Nick Day

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-692-6 Depósito legal:

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24, Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedicado a John Jarrold

Índice

La carretera de los Cráneos	9
Cortesía de la Cultura	16
Un acoplamiento extraño... e impar	40
El descendiente	48
Operación limpieza	78
Retazo	101
Última generación	113
Interferencias	237
Unas cuantas notas sobre la Cultura	249

La carretera de los Cráneos

En la célebre carretera de los Cráneos hay que resignarse a un viaje plagado de baches...

—Dios mío, ¿qué pasa? —gritó Sammil Mc9 al despertarse.

La carreta que les había recogido a él y a su compañero se tambaleaba de forma violenta.

Mc9 apoyó sus mugrientas manos en la placa de madera podrida que formaba uno de los laterales de la carreta. Observó la legendaria carretera por encima del hombro, preguntándose por qué el traqueteo de la carreta, hasta entonces únicamente incómodo, se había convertido en una sucesión de brincos incontrolables. Esperaba descubrir que habían perdido una rueda, o que la carreta se había salido de la carretera para adentrarse en una zona rocosa..., pero se dio cuenta de que era algo totalmente distinto. Durante un momento escrutó la superficie de la carretera con los ojos desorbitados y, a continuación, volvió a dejarse caer en el interior de la carreta.

—¡Vaya! —se dijo a sí mismo—, no sabía que los enemigos del imperio tuvieran la cabeza de semejante tamaño. Esto es un castigo divino, puro y duro...

Volvió a mirar al frente; el senil conductor seguía dormido, a pesar de los frenéticos botes del vehículo. Más adelante, el viejo cuadrúpedo de orejas anchas que avanzaba entre los ejes de la carreta estaba encontrando ciertas dificultades para abrirse paso

sobre los enormes cráneos que componían la carretera en dirección a... Mc9 dejó vagar la mirada por aquella delgada línea blanca hasta perderla en la distancia, y la posó, finalmente, en la ciudad.

Un borrón reluciente se vislumbraba allá en el horizonte de la llanura. La mayor parte de aquella megalópolis legendaria era todavía inapreciable, pero sus brillantes y puntiagudas torres resultaban inconfundibles, incluso envueltas en aquella neblina azulada y cambiante. Mc9 sonrió al verla, después fijó la mirada en aquel equino silencioso y precario que traqueteaba y se resbalaba por la carretera; estaba sudando profusamente y acuciado por una pequeña nube de moscas que zumbaba en torno a su cabeza de orejas inquietas, cual fastidiosos electrones en torno a algún núcleo reactivo.

El viejo cochero se despertó y le lanzó un latigazo impreciso al jamelgo que tiraba entre los ejes, después volvió a retomar el sueño. Mc9 miró a lo lejos y paseó la mirada por la llanura cenagosa.

Normalmente, esta llanura era un paraje frío y desolado, azotado por el viento y la lluvia. Sin embargo, hoy hacía un día asfixiante; en el aire flotaba el hediondo olor de los gases de las marismas y los brezales estaban salpicados de diminutas flores de colores vivos. Mc9 volvió a recostarse entre la paja, arañándose y contorsionándose mientras la carreta se sacudía y le transmitía aquellos violentos tirones. Intentó componer los fardos de paja y los montones de estiércol seco para darles una forma más cómoda, pero no tuvo éxito. El único pensamiento que rondaba su mente era que el camino se les haría muy largo, además de verdaderamente incómodo, si continuaban estas escandalosas sacudidas. Justo entonces amainaron los baches y la carreta volvió a emitir sus chirridos y traqueteo habituales.

—Gracias a Dios que no opusieron demasiada resistencia —masculló Mc9 para sí mismo, volviendo a recostarse y cerrando los ojos.

... iba en una carreta llena de heno por un frondoso camino. Los pajarillos cantaban alegremente, el vino estaba fresco y sentía el peso del dinero en el bolsillo...

Aún no se había dormido completamente cuando su compañero, cuyo nombre Mc9 nunca se había molestado en averiguar a pesar de todo el tiempo que llevaban juntos, se asomó desde detrás de los montones de paja y estiércol que se extendían junto a él y le preguntó:

—¿Represalias?

—¿Cómo? ¿Qué? —exclamó Mc9 sobresaltado.

—¿Qué represalias?

—¡Ah! —Creyó entender Mc9, frotándose el rostro y haciendo una mueca mientras entrecerraba los ojos, cegado por el resplandeciente sol que brillaba en lo alto de aquel cielo turquesa—. Las represalias que los difuntos enemigos del sacro imperio nos infligieron por ser súbditos del reino.

El pequeño compañero, cuya patente mugre quedaba enmascarada solo parcialmente por una capa de paja, discutiblemente menos roñosa, pestañeó furiosamente mientras negaba con la cabeza.

—No... yo decir, ¿qué significar «represalia»?

—Te lo acabo de decir —se quejó Mc9—. Vengarse de alguien.

—¡Ah! —exclamó el compañero mientras se sentaba a reflexionar sobre aquello, mientras Mc9 volvía a intentar dormirse.

... había tres jóvenes lecheras caminando por delante de su carreta; avanzó hasta la altura de las muchachas, que aceptaron su invitación a llevarlas. Alargó la mano hasta...

Su compañero le dio un codazo en las costillas.

—¿Como cuando yo coger muchas mantas y tú tirar a mí de la cama, o como cuando yo beber tu vino y tú obligar a mí a beber tres botas de cerveza laxante, o cuando tú preñar la hija del gobernador y él echarte encima a los cobradores de deudas

estratégicas, o como cuando algún lugar no pagar todos los impuestos y Su Majestad ordenar que tener que aprobarse el certificado de nacimiento del primogénito de cada familia, o...?

Mc9, acostumbrado a que su compañero empleara el equivalente verbal a una ráfaga de reconocimiento por fuego, alzó la mano para detener esta riada de ejemplos. Su compañero siguió mascullando a pesar de que la mano le tapaba los labios. Finalmente, dejó de farfullar.

—Sí —contestó Mc9 mientras retiraba la mano—. Eso es.

—¿O ser como cuando...?

—¡Ey! —propuso Mc9 con fingido entusiasmo—. ¿Qué te parece si te cuento una historia?

—¡Oh, una historia! —Su compañero sonrió, aferrándose de antemano a la manga de Mc9—. Una historia estaría... —Sus mugrosos rasgos se contrajeron adquiriendo el aspecto de una marisma al researse, mientras luchaba por encontrar un adjetivo adecuado— bueno.

—Vale. Suéltame la manga y pásame el vino para regar la garganta.

—Ah —dijo el compañero de Mc9, adoptando una repentina actitud de precaución y duda. Alzó la vista sobre la parte delantera de la carreta, barrió con la mirada al conductor que roncaba a pierna suelta y a la renqueante bestia que tiraba de ellos y contempló la ciudad, aún un simple resplandor distante al final de la blanquecina franja de huesos que conformaba la carretera. Finalmente dejó escapar un suspiro—. De acuerdo.

Le entregó el pellejo de vino a Mc9, que se apresuró a ingerir la mitad de lo que quedaba antes de que su compañero, gritando y quejándose, consiguiera arrancárselo de las manos. En el transcurso del forcejeo se les derramó casi todo el vino que quedaba; un chorro de aquel líquido llegó a salpicar el cuello del conductor, alcanzando incluso la cabeza del equino (que se

relamió agradecido las gotas que se le deslizaban por la cara, bañada en sudor).

El decrepito conductor se despertó sobresaltado y miró a su alrededor encolerizado, frotándose el cuello empapado, ondeando la raída fusta y, al parecer, convencido de tener que enfrentarse a unos cuantos ladrones, mercenarios y villanos.

Al volverse y clavar la mirada en ellos, Mc9 y su compañero le dedicaron una tímida sonrisa. El conductor frunció el ceño, se secó el cuello con un trapo y, a continuación, volvió a girarse y a sumirse en un sueño profundo.

—Gracias —le dijo Mc9 a su compañero. Se enjugó el rostro y se lamió una de las manchas de vino fresco que le habían salpicado la camisa.

El compañero bebió también un cuidadoso y delicado sorbo de vino, volvió a enroscar fuertemente el tapón en la bota y se la situó bajo el cuello, al mismo tiempo que se recostaba sobre ella. Mc9 lanzó un eructo, seguido de un bostezo.

—Sí —pidió el compañero con total seriedad—. Contar una historia. Yo encantar oír historias. Contar a yo una historia de amor y odio y muerte y tragedia y miedo y alegría y sarcasmo; hablar a yo de hazañas fantásticas y pequeñas aventuras y gente valiente y montañeses y gigantes enormes y enanos. Contar a yo cosas de mujeres valientes y hombres hermosos y grandes hechiceros... y de espadas desencantadas y antiguos y extraños poderes y cosas... horribles, asquerosas que... eh, no deber ni vivir y... mmm... enfermedades divertidas e imprevistos cotidianos. Sí, mí gustar. Contar. Yo querer.

Mc9 se estaba quedando dormido de nuevo, sin haber tenido la más mínima intención de contarle a su compañero ninguna historia desde el primer momento. El compañero le propinó un codazo en la espalda.

—¡Eh! —Volvió a darle otro codazo más fuerte—. ¡Eh! ¡La historia! ¡No ir a dormir! ¡Qué pasar con historia?

—Que le jodan a la historia —contestó Mc9 soñoliento, sin abrir los ojos.

—¡Bua! —gritó el compañero. El conductor de la carreta se despertó, se volvió y le propinó un guantazo en mitad de la oreja. El compañero se calló y se sentó allí, frotándose el lado de la cabeza. Volvió a darle un codazo a Mc9 y le susurró—: ¡Tú decir que tú contarme una historia!

—¡Oh, léete un libro! —farfulló Mc9, acurrucándose entre la paja.

El pequeño compañero emitió un sonido sibilante y volvió a sentarse, con los labios apretados y las pequeñas manos oprimidas bajo las axilas. Clavó su mirada desafiante en la carretera que se extendía a lo largo de aquel ondulado horizonte. Después de un rato, el compañero se encogió de hombros, alargó la mano hasta su bolsa, escondida bajo la bota de vino y sacó un pequeño y grueso libro negro. Volvió a darle un codazo a Mc9:

—Solo tener la Biblia —le dijo—. ¿Qué trozo leerme?

—Ábrela por cualquier sitio —masculló Mc9 entre sueños.

El compañero abrió la Biblia al azar, capítulo 6, y leyó en voz alta:

Sí, sí, sí, realmente les digo: no olviden que siempre existen dos lados de cada historia: un lado correcto y un lado equivocado.

El compañero negó con la cabeza y arrojó el libro por el borde de la carreta.

El camino parecía continuar eternamente. El conductor gimoteaba y roncaba, el sudoroso jamelgo resollaba y forcejeaba mientras Mc9 sonreía en sueños y dejaba escapar algunos gemidos. Su compañero mataba el tiempo sacándose los puntos negros de la nariz para después volver a metérselos.

... habían hecho un alto en el vado, al otro lado de un sombreado arroyo, donde consiguió al fin convencer a las lecheras de que se dieran un baño, cubiertas únicamente por sus ceñidos y vaporosos...

En realidad, la bestia con apariencia equina que tiraba de la carreta era la famosa poetisa-escribana Abrusci, del planeta Wellitish'tmarkedonmycharlieutenant, de modo que podría haberle contado al aburrido compañero un sinfín de fascinantes historias remontándose a las épocas anteriores a la pacificación del imperio y la liberación de su tierra natal.

También podría haberles contado que la ciudad se alejaba de ellos, desplazándose sobre aquella llanura anegadiza tan rápido como la carreta se acercaba a ella, atravesando lentamente aquel brezal infinito sobre sus millones de ruedas gigantes. Mientras tanto, el suministro continuo de enemigos del imperio derrotados arrojaba más trofeos para ampliar aquella célebre carretera de los Cráneos...

Pero esa, como ellos mismos dicen, es otra historia.

Cortesía de la Cultura

«El dinero es símbolo de pobreza.» Este es un antiguo refrán de la Cultura que me viene a la cabeza constantemente, especialmente cuando me veo tentado a hacer algo que sé que no debo hacer y hay dinero de por medio (¿y cuándo no lo hay?).

Miré fijamente la pistola, una pieza pequeña y precisa que yacía sobre la amplia mano de Cruizell, llena de cicatrices, y lo primero que pensé —después de *¿de dónde demonios han sacado una de estas?*— fue: *el dinero es símbolo de pobreza*. Por muy apropiado que fuese este pensamiento, no me fue de gran ayuda.

Eran altas horas de la madrugada de un fin de semana lluvioso y me encontraba en la puerta de una casa de apuestas sin línea de crédito situada en la parte baja de la ciudad de Vreccile, mirando una preciosa pistola con aspecto de juguete mientras dos matones a quienes les debía un montón de pasta estaban a punto de pedirme que hiciera algo extremadamente peligroso y bastante peor que ilegal. Me encontraba calibrando los relativos atractivos de: intentar fugarme (me dispararían), negarme (me darían una paliza; probablemente pasaría las próximas semanas engrosando una abultada factura médica), y hacer lo que Kaddus y Cruizell me pedían, sabiendo que, aunque existiera alguna posibilidad de salir de aquella sin resultar herido y volviendo a ser una persona solvente, lo más probable era que me esperara

una muerte turbia, y posiblemente lenta, mientras me interrogaban los servicios de seguridad.

Kaddus y Cruizell me ofrecían saldar todas mis deudas —una vez satisfecho el asunto— más una considerable suma, solo para demostrar que no quedaba ningún rencor.

Sospechaba que no preveían tener que pagar la última cuota de aquel trato.

De ese modo, sabía que lo que la lógica dictaba era decirles dónde podían meterse su elaborada pistola de diseño exclusivo y resignarme a recibir una paliza teóricamente dolorosa, pero probablemente no mortal. Mierda, podría desconectar el dolor (ser originario de la Cultura tiene ciertas ventajas), pero... ¿qué pasaba con la factura del hospital?

Ya estaba hasta el cuello de deudas.

—¿Qué problema hay, Wrobik? —preguntó Cruizell, arrastrando las palabras y avanzando un paso más hacia mí, al refugio de los empapados aleros del local.

Yo estaba allí, esperando con la espalda apoyada en el cálido muro, con el olor del húmedo asfalto taponándome la nariz y un sabor similar al metal en la boca. La limusina de Kaddus y Cruizell descansaba ociosa en la acera; veía al conductor en su interior, observándonos a través de una ventanilla abierta. La calle perpendicular al estrecho callejón estaba desierta. Una patrulla de policía sobrevoló la zona, por los aires, lanzando destellos luminosos entre la lluvia e iluminando la parte inferior de las encapotadas nubes que cubrían la ciudad. Kaddus miró hacia arriba un segundo, después ignoró la nave. Cruizell me acercó más la pistola. Intenté retroceder.

—Coge la pistola, Wrobik —aconsejó Kaddus con voz cansada. Me humedecí los labios y fijé la mirada en el arma.

—No puedo —respondí, mientras me metía las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Claro que puedes —me animó Cruzell. Kaddus sacudía la cabeza.

—Wrobik, no te compliques la vida; coge la pistola. Primero tócala solamente, comprueba si tu información es correcta. Vamos, cógela. —Observé fijamente aquella pequeña arma, paralizado—. Coge la pistola, Wrobik. Recuerda simplemente apuntar al suelo, no a nosotros. El conductor te tiene a tiro con un láser y podría pensar que pretendes usarla contra nosotros... vamos, cógela, tócala.

No podía moverme, no podía pensar. Solo podía quedarme allí, inmóvil, hipnotizado. Kaddus me cogió por la muñeca derecha y me sacó la mano del bolsillo. Mientras Cruzell sostenía la pistola muy cerca de mi nariz, Kaddus me obligó a llevar la mano hacia ella. Cerré la palma en torno a la empuñadura, en un gesto casi exánime.

La pistola cobró vida; un par de luces parpadearon débilmente y se encendió la pequeña pantalla sobre la empuñadura, titilando en los bordes. Cruzell retiró la mano, dejándome a mí todo su control. Kaddus esbozó una sonrisa.

—Eso es, no era tan difícil, ¿verdad? —me dijo.

Empuñé el arma e intenté imaginarme disparando contra aquellos dos hombres, pero sabía que no sería capaz, me tuviera a tiro el conductor o no.

—Kaddus —imploré—. No puedo hacer esto. Pídeme otra cosa; haré cualquier otra cosa, pero no soy un sicario. No puedo...

—No tienes que ser un experto, Wrobik —contestó Kaddus tranquilamente—. Solo tienes que ser... lo que coño seas. Después únicamente tienes que apuntar y disparar: lo mismo que haces con tu novio. —Sonrió y le guiñó un ojo a Cruzell, que dejó al descubierto los dientes con una mueca. Yo sacudí la cabeza.

—Esto es de locos, Kaddus. Solo porque este cacharro se me encienda en las manos...

—Sí, ¿no tiene gracia? —Kaddus se volvió hacia Cruizell, mirándolo directamente a la cara y sonriendo—. ¿No tiene gracia que Wrobik sea un alienígena y que tenga exactamente la misma apariencia que nosotros?

—Alienígena y maricón —soltó Cruizell, frunciendo el ceño—. Joder.

—Mira —balbucí, observando la pistola—, puede... puede que este cacharro... puede que no funcione —concluí de forma poco convincente, y Kaddus dejó escapar una carcajada.

—Funcionará. Una nave es un objetivo grande. Noerrarás el tiro. —Volvió a sonreír.

—Pero yo creía que tenían protección anti...

—Láser y armas cinéticas con las que tratan, Wrobik; esto es distinto. No conozco los datos técnicos, solo sé que nuestros amigos radicales han pagado una gran suma por este aparato. Con eso me basta.

Nuestros amigos radicales. Aquello tenía gracia viniendo de Kaddus. Probablemente se refiriera al grupo Sendero Luminoso, una gente a la que él siempre había considerado no apta para los negocios, simples terroristas. Me imaginaba que, en términos generales, los vendería a la policía, aunque le pagaran una alta suma. ¿Estaba empezando a cubrir sus apuestas, o era pura avaricia? En este mundo tienen un refrán: «El delito susurra, el dinero habla».

—Pero habrá más personas en la nave, no solo...

—No podrás verlos. De todos modos, serán miembros de la guardia, capitanes de la Marina, algunos lacayos de la administración, agentes del servicio secreto... ¿qué más te da esa gente?

—Kaddus me dio una palmadita en el hombro mojado—. Tú puedes hacerlo.

Aparté la mirada de sus cansados ojos grises y la fijé en la pistola, que descansaba tranquilamente en mi puño, con su

pequeña pantalla brillando débilmente. Traicionado por mi propia piel, por mi propio tacto. Volví a pensar en la factura del hospital. Sentí ganas de llorar, pero no era eso lo que un hombre de aquí debía hacer y... ¿qué podía alegar? Era una mujer. Era de la Cultura. Pero había renunciado a todo aquello, ahora soy un hombre y estoy aquí, en la ciudad libre de Vreccile, donde todo tiene un precio.

—Está bien —dije, sintiendo como la amargura se extendía por mi boca—. Lo haré.

Cruzell pareció decepcionado. Kaddus asintió.

—Bien. La nave llega el noveno día, ¿sabes qué aspecto tiene? —Asentí—. Entonces no tendrás ningún problema. Podrás verla casi desde cualquier punto de la ciudad —dijo sonriendo débilmente mientras sacaba algo de dinero y me lo metía en el bolsillo de la chaqueta—. Cógete un taxi. El metro resulta peligroso en estos días. —Me dio una ligera palmadita en la mejilla; le olía la mano a perfume caro—. Eh, Wrobik, arriba ese ánimo, ¿quieres? Estás a punto de derribar una jodida nave estelar. Será toda una experiencia.

Kaddus soltó una carcajada, mirando alternativamente a mí y a Cruzell, que rió también diligentemente.

Volvieron a subir al coche, que chirrió en mitad de la noche, los neumáticos rodaron a todo gas sobre las calles anegadas por la lluvia. Me quedé allí contemplando cómo subía el nivel de los charcos, con la pistola aferrada a la mano como un complejo de culpa.

—Soy un proyector de plasma ligero, modelo PPL 91, serie dos, fabricado en A74882.4 en la fábrica 6 de la orbital Spanshacht-Trouferre, grupo Ørvölös. Número de serie 3685706. Valor de inteligencia punto uno. Alimentación mediante batería AM, calificación: indefinida. Potencia máxima sobre cerrojo único:

3, x 8¹⁰ julios; tiempo de reciclado: 14 segundos. Cadencia de tiro: 260 disparos por segundo. Uso limitado a individuos genéticamente preseleccionados de la Cultura, a través de análisis genético-epidérmico de forma exclusiva. Uso aconsejado con guantes o armadura ligera, se puede acceder a la galería de modos mediante los botones de mando. Su uso sin autorización queda terminantemente prohibido y será penado. Habilidad requerida: 12-75% C. A continuación se ofrecen las instrucciones completas; utilice los botones de mando y la pantalla para volver a reproducir, buscar, dejar en pausa o detener...

» Instrucciones, parte uno: introducción. El PPL 91 es un arma de calificación pacífica y propósito general con funcionamiento complejo, no apta para uso en batalla abierta; sus parámetros de diseño y rendimiento se basan en las recomendaciones de...

La pistola yacía sobre la mesa, detallándome toda la información sobre sí misma con una voz alta y metálica mientras yo la escuchaba tumbado en un sillón, deprimido, posando la mirada sobre una ajetreada calle de la parte baja de Vreccile. Los trenes de mercancías subterráneos hacían vibrar el destartalado bloque de apartamentos cada pocos minutos, el tráfico bullía por las carreteras sobre el nivel de la calle, los ricos y la policía surcaban los cielos en sus vehículos y naves volantes y, sobre ellos, nos sobrevolaban todas las naves estelares.

Me sentí atrapado entre todos estos estratos de decididos movimientos.

Al otro lado de la ciudad, a lo lejos, solo alcanzaba a ver la esbelta y brillante torre de la cámara *Lev*, erigiéndose imponente hacia las nubes y atravesándolas en su camino al espacio. ¿Por qué no podría utilizar el almirante la *Lev*, en lugar de organizar una gran parafernalia para celebrar su vuelta de las estrellas en su propia nave? Quizás pensó que una cámara elevadora, por muy pretenciosa que fuera, no era lo suficientemente digna para él. Cabrones vanidosos, todos ellos. Se merecían la muerte (si

querías verlo así), pero ¿por qué tenía que ser yo quien los asesinara? Malditas naves estelares fálicas.

Aunque tampoco es que la *Lev* tuviera una apariencia menos insinuante y, de cualquier modo, no me cabía duda de que si el Almirante hubiera descendido por la cámara, Kaddus y Cruzell me hubieran pedido que acabara con ella. Menuda mierda. Negué con la cabeza.

Tenía en la mano un gran vaso de *jahl*, la bebida de alta graduación más barata de Vreccile. Era mi segunda copa, pero no la estaba disfrutando en absoluto. La pistola seguía parlotando, en medio de los pocos muebles que adornaban la habitación principal de nuestro apartamento. Estaba esperando a Maust, le echaba de menos incluso más de lo normal. Miré el terminal de mi muñeca; según la hora que marcaba, debería estar a punto de volver. Dejé vagar la mirada a través de la ventana, hacia la débil y aguada luz del amanecer. Todavía no me había acostado.

La pistola seguía con sus explicaciones. Por supuesto, hablaba en *maraino*, el idioma de la Cultura. Llevaba sin escucharlo casi ocho años estándar y, al volver a oírlo esta vez, me sentí triste y estúpido. Mi derecho inalienable, mi gente, mi idioma. Hacía ya ocho años, ocho años inmerso en la jungla. Mi gran aventura, mi renuncia a lo que me parecía estéril y anodino para sumergirme en una sociedad más vital, mi gran gesto... bueno, ahora me parecía un gesto vacío; ahora tenía la sensación de que había hecho algo estúpido y caprichoso.

Bebí otro trago de aquel licor de sabor intenso. La pistola seguía farfullando atropelladamente, explicando los diámetros de extensión del haz de luz, los patrones de tejido giroscópico, el modo de contorno-gravedad, el modo de propagación en línea de visión, el modo de disparo en curva, las configuraciones de dispersión y perforación... Pensé en meterme una glándula para tranquilizarme y serenarme, pero no lo hice; hacía ocho años juré no volver a usar esas glándulas astutamente alteradas y solo había roto ese

juramento dos veces, ambas para mitigar un intenso dolor. De haber tenido el suficiente valor, me hubiera desecho de todo aquel maldito lote, lo hubiera devuelto a su estado humano habitual, nuestra herencia animal original... pero no soy una persona valiente. Me aterroriza el dolor y no puedo enfrentarme a él desnudo, como hace esta gente. Los admiro, los temo, pero, aun así, no los comprendo. Ni siquiera a Maust. De hecho, a Maust menos que a nadie. Quizás sea que no puedes amar aquello que comprendes totalmente.

Ocho años exiliado, perdido para la Cultura, sin escuchar ese idioma sedoso, sutil y a la vez complejamente sencillo. Y ahora que vuelvo a oír maraino, proviene de una pistola que intenta explicarme cómo dispararla para asesinar... ¿a quién? ¿A cientos de personas? Quizás a miles, dependerá de dónde caiga la nave, de dónde explote (¿podrán explotar las naves estelares primitivas? No tenía ni idea, nunca fue esa mi especialidad). Me puse otra copa mientras negaba con la cabeza. No podría hacerlo.

Soy Wrobik Sennkil, ciudadano de Vreccile número... (nunca me acuerdo, está en mis papeles), sexo masculino, raza preferente, treinta años; periodista autónomo a media jornada (actualmente en periodo de transición) y jugador empedernido a jornada completa (tengo tendencia a perder, pero me divierto. Al menos me divertía hasta la pasada noche). Sin embargo, también soy, sigo siendo, Bahlln-Euchersa Wrobich Vress Schennil dam Flaysse, ciudadana de la Cultura, sexo femenino, mezcla de especies demasiado compleja para recordarla, veintiocho años, estándar y miembro en su día de la sección de Contacto. Y una renegada; elegí ejercer esa libertad que la Cultura tanto se enorgullece de concederle a sus ciudadanos y abandonar aquella sociedad para siempre. Me dejó ir, incluso me ayudó, a pesar de que yo era reacia (pero ¿podría haber falsificado mis papeles yo misma, hacer todos los preparativos sola? No, pero, por lo menos, tras la educación recibida sobre las vías de la Comunidad

Económica de Vreccile y después de que el módulo ascendiera, oscuro y silencioso, para volver a sumergirse en el cielo nocturno y llegar hasta la nave que me esperaba, solo he vuelto a acudir al legado de biología alterada de la Cultura dos veces, y ninguna a sus artefactos. Hasta ahora; la pistola continuaba divagando). Abandoné un paraíso que consideraba anodino para adentrarme en un sistema cruel y ambicioso que bulle de vida y de problemas; un lugar en el que pensé que encontraría... ¿qué? No lo sé. No lo sabía cuando me fui y sigo sin saberlo ahora, aunque al menos aquí encontré a Maust. Y cuando estoy con él mi búsqueda ya no sigue marcada por la soledad.

Hasta la pasada noche, esa búsqueda parecía seguir teniendo sentido. Ahora la utopía me envía un minúsculo paquete de destrucción, un mensaje fortuito y accidental.

¿De dónde habían sacado esto Kaddus y Cruizell?, la Cultura custodia su arsenal con sumo cuidado, de forma incluso embarazosa. No se pueden comprar armas de la Cultura, al menos, no será la Cultura quien las venda. Aunque supongo que las cosas se pierden; hay tanto de todo allí que de vez en cuando deben extraviarse ciertos objetos. Le di otro trago a la copa mientras escuchaba a la pistola y observaba el acuoso cielo de la estación de lluvias sobre los tejados, las torres, las antenas parabólicas, y cúpulas de la gran ciudad. Quizás las pistolas se resbalen de las acicaladas manos de la Cultura con más frecuencia que otros objetos; denotan peligro, expresan amenaza y solo resultarán necesarias donde exista una buena oportunidad de perderlas, de modo que deben desaparecer una y otra vez, deben llevarse como premios.

Por supuesto, es por eso por lo que se fabrican con circuitos inhibidores que les permiten funcionar solo en manos de miembros de la Cultura (ciudadanos sensibles, pacíficos, y libres de

caer en las garras de la codicia que, por supuesto, solo utilizarían un arma en defensa propia. Por ejemplo, si se vieran amenazados por alguna especie de bárbaro... ¡ay! La autocomplacida Cultura: su imperialismo de suficiencia). Esta pistola es incluso antigua; no obsoleta (ese es un concepto que la Cultura no acepta, ellos fabrican para que perdure), sino anticuada; con una inteligencia apenas superior a la de una mascota doméstica, mientras que el arsenal moderno de la Cultura es sensible.

Es probable incluso que no sigan fabricando pistolas de mano. He visto lo que denominan «drones de escolta personal armada». Si alguno de estos llegara, de un modo u otro, a manos de gente como Kaddus y Cruizell, lanzaría inmediatamente una señal de ayuda, utilizaría su fuerza motriz para intentar escapar, heriría, o incluso mataría, a quienquiera que intentara usarlo o capturarlo, intentaría abrirse camino y se autodestruiría si pensara que iba a ser desmontado o afectado de cualquier otro modo.

Le di otro trago a la copa de jahl. Volví a mirar la hora; Maust llegaba tarde. El club siempre cerraba puntualmente por miedo a la policía. No se les permitía hablar con los clientes al acabar el trabajo: siempre venía directamente a casa... Sentí un miedo incipiente, pero lo aparté de mi mente, seguro que estaba bien. Tenía otras cosas en las que pensar. Tenía que reflexionar sobre todo esto a conciencia. Otro sorbo de jahl.

No, no podía hacerlo. Dejé la Cultura porque me aburría, pero también porque la moralidad intervencionista y evangélica de la sección de Contacto significaba, en ciertas ocasiones, hacer justamente el tipo de cosas que supuestamente debíamos impedir que hicieran los demás; declarar guerras, asesinar... todo eso, todas aquellas malas acciones... Yo nunca estuve directamente implicado con la sección de Circunstancias Especiales, pero sabía lo que seguía después («Circunstancias Especiales»; actividades clandestinas, en otras palabras. El eufemismo extraordinariamente revelador de la Cultura.) Me negaba a vivir envuelto en

tanta hipocresía y, por el contrario, elegí esta sociedad que no finge ser buena, que es avariciosa, honestamente egoísta, simplemente ambiciosa.

Sin embargo, he vivido aquí como vivía allí, intentando no hacer daño a los demás, tratando de ser yo mismo, sin más; y no puedo ser yo mismo destruyendo una nave llena de gente, aunque se trate de los gobernantes de esta sociedad cruel e insensible. No puedo usar esta pistola. No puedo permitir que Kaddus y Cruzell me encuentren. Ni tampoco voy a volver, con la cabeza agachada, al abrigo de la Cultura.

Me acabé la copa de jahl.

Tenía que irme. Existían otras ciudades, otros planetas, además de Vreccile. Solo tenía que huir; huir y esconderme. Pero ¿vendría conmigo Maust? Volví a consultar la hora; ya llegaba media hora tarde. No era muy propio de él. ¿Por qué se retrasaba? Me acerqué a la ventana y analicé la calle, buscando algún rastro suyo.

Un vehículo blindado de policía pasó entre el tráfico con gran estruendo. Era solo una ronda de reconocimiento; llevaban las sirenas apagadas, y las pistolas enfundadas. Se dirigía hacia el barrio del Ultramundo, donde la policía había estado realizando demostraciones de fuerza. No había rastro de la esbelta figura de Maust contoneándose entre la multitud.

Siempre esa preocupación. Por que pueda marcharse, por que la policía lo arreste en el club (indecencia, corrupción de la moralidad pública y homosexualidad; ese gran delito, ¡peor incluso que no pagar tus deudas!) y, por supuesto, la preocupación por que pueda conocer a otra persona.

Maust, vuelve a casa sano y salvo, vuelve a mis brazos.

Recuerdo que, al descubrir que aún me atraían los hombres, al final de mi fase de redefinición de género, me sentí engañado. Eso fue hace mucho tiempo, cuando todavía era feliz en el mundo de la Cultura, y al igual que mucha gente, me había preguntado

cómo sería amar a alguien de mi mismo sexo. Me pareció extremadamente injusto que mi deseo no se alterase al mismo tiempo que mi psicología. Tuvo que llegar Maust para hacerme sentir que no me había engañado a mí mismo. Maust lo mejoró todo, insufló aliento a mi vida.

De cualquier modo, no sería una mujer en esta sociedad. Decidí que necesitaba otra copa y pasé junto a la mesa.

—... no afectará la estabilidad lineal del arma, aunque el retroceso aumentará en prioridad de potencia, o la potencia disminuirá...

—¡Cállate! —le grité a la pistola, intentando torpemente dar un golpe al botón de apagado; mi mano impactó contra el grueso cañón del arma, que se deslizó sobre la mesa y cayó al suelo.

—¡Atención! —avisó la pistola—. No contengo componentes internos de utilidad para el usuario. Se procederá a una desactivación irreversible si se detecta algún intento de desmontar o...

—¡Silencio, cacharro asqueroso! —le proferí (y efectivamente quedó en silencio).

La recogí y la metí en el bolsillo de una chaqueta que había colgada en una de las sillas. *Maldita sea la Cultura; malditas sean todas las armas.* Fui a servirme otra copa, con una pesadumbre cada vez mayor en mi interior al comprobar la hora de nuevo. Vuelve a casa, por favor, vuelve a casa... y después fúgate conmigo, vente lejos conmigo...

Me quedé dormido frente a la pantalla, con un nudo de pánico en el estómago que competía con la mareadora sensación que se apoderaba de mi cabeza mientras escuchaba las noticias y aumentaba mi preocupación por Maust, intentando no pensar en demasiadas cosas. El informativo estaba lleno de noticias sobre terroristas ejecutados y célebres victorias en guerras breves y lejanas contra alienígenas, extraterrestres o subhumanos. El último reportaje que recuerdo narraba los disturbios de una

ciudad de otro planeta; no se mencionaba que hubiera muertes civiles, pero recuerdo una instantánea de una amplia avenida plagada de zapatos arrugados. La noticia se cerraba en el hospital, entrevistando a un policía que había resultado herido.

Volví a tener esa pesadilla que me perseguía, reviviendo la manifestación en la que me detuvieron hacía tres años; observando, horrorizado, una muralla de gas lacrimógeno que se extendía bajo el sol y viendo cómo una fila de policías a caballo salía a la carga desde detrás de ella. Resultaban, de algún modo, más atroces que vehículos armados o incluso tanques, no por los jinetes ataviados con viseras y sus largas porras, sino porque también los altos animales iban armados y llevaban puestas máscaras de gas. Monstruos de un sueño preconcebido y materializado en serie; aterrador.

Allí me encontró Maust horas después, al volver a casa. Habían asaltado el club y no le habían permitido ponerse en contacto conmigo. Me abrazó mientras lloraba, consolándome para que volviera a dormirme.

—Wrobik, no puedo. Risaret va a estrenar un nuevo espectáculo la temporada que viene y está buscando caras nuevas. Será algo rotundo, todo un éxito. Un reparto de primera. No puedo irme ahora, tengo un pie en la puerta. Por favor, entiéndelo. —Me cogió de la mano desde el otro lado de la mesa. Yo la retiré.

—No puedo hacer lo que me están pidiendo. No puedo quedarme, así que tengo que irme; es lo único que puedo hacer. —Mi voz sonaba apagada. Maust comenzó a recoger los platos y envases, mientras sacudía la cabeza, una cabeza alargada y grácil. No había comido demasiado; en parte por la resaca y en parte por los nervios. Era media mañana, hacía un día bochornoso y aplastante. La planta de aire acondicionado de la comunidad se había vuelto a averiar.

—¿Tan terrible es eso que te están pidiendo? —Maust se ajustó un poco más el batín, balanceando los platos diestramente. Observé su delgada espalda mientras se dirigía hacia la cocina—. Quiero decir, ni siquiera me lo vas a contar. ¿No confías en mí? —resonó su voz.

¿Qué podía decirle? ¿Que no sabía si confiaba en él? Que lo quería pero que solo él sabía que era un extraterrestre. Aquel era mi secreto y se lo había contado solo a él. ¿Entonces cómo se habían enterado Kaddus y Cruzell? ¿Cómo lo sabía Sendero Luminoso? Mi sensual y erótico bailarín, mi infiel amor. ¿Pensabas que porque siempre hubiera guardado silencio no me había enterado de todas las veces que me habías engañado?

—Maust, por favor. Es mejor que no lo sepas.

—¡Ah! —Maust rió fríamente; ese bonito y doloroso sonido me desgarraba—. Una actuación terriblemente dramática. Me estás protegiendo, ¡qué galán por tu parte!

—Maust, esto es algo muy serio. Esa gente quiere que haga algo que simplemente no puedo hacer. Si no lo hago me... como mínimo me harán daño, mucho daño. No sé qué podrían llegar a hacer. Podrían... podrían incluso intentar hacerme daño utilizándote a ti. Por eso estaba tan preocupado de que llegaras tarde; pensé que podrían haberte raptado.

—Mi pequeño Wrobbie, pobrecillo —dijo Maust, mirándome desde la cocina—. He tenido un día muy largo. Creo que en mi último número me dio un tirón en un músculo, puede que no nos paguen después de la redada, seguro que Stelmer lo utiliza como excusa aunque la pasma no se llevara la recaudación, y tengo aún el culo dolorido porque uno de esos cerdos homófobos me metió el dedo hasta dentro. No resulta tan romántico como tus tratos con esos gánsteres y malotes, pero es importante para mí. Ya tengo bastante de lo que preocuparme. Estás exagerando. Tómate una pastilla o haz algo, vuelve a dormirte. Dentro de un rato

lo verás con otros ojos —me dijo mientras me guiñaba un ojo antes de desaparecer.

Lo escuché moviéndose por la cocina. Por encima de nuestras cabezas resonó una sirena de policía. Desde los apartamentos inferiores se filtraba una suave música.

Fui hasta la puerta de la cocina. Maust se estaba secando las manos.

—Quieren que derribe de un disparo la nave estelar en la que vuelve el almirante de la flota, en el noveno día —le confesé. Por un segundo, Maust se quedó en blanco, después se le escapó una risilla. Avanzó hasta mí y me sujetó por los hombros.

—¿De verdad? ¿Y después qué? ¿Que escales por la superficie de la cámara *Lev* y vuelas hasta el sol con tu bicicleta mágica? —Sonrió divertido, tolerante. Coloqué mis manos sobre las suyas y se las retiré lentamente de mis hombros.

—No. Solo tengo que derribar la nave, eso es todo. Tengo... me dieron una pistola capaz de hacerlo.

Saqué la pistola de la chaqueta. Maust frunció el ceño, negando con la cabeza. Por un momento pareció quedarse desconcertado, después volvió a reírse.

—¿Con eso, amor mío? Dudo mucho que puedas detener siquiera a un saltador con motor con esta pequeña...

—Maust, por favor. Créeme. Esto puede hacerlo. La ha fabricado mi gente y la nave... el Estado no dispone de ninguna defensa contra nada parecido a esto.

Maust lanzó un gruñido, después me quitó la pistola de las manos. Sus luces se desvanecieron.

—¿Cómo se enciende? —preguntó mientras la inspeccionaba, dándole vueltas en la mano.

—Tocándola, pero solo puedo hacerlo yo. Lee la composición genética de mi piel, sabe que soy de la Cultura. No me mires de ese modo; es la verdad. Mira —afirmé, demostrándoselo. Dejé que la pistola recitara la primera parte de su monólogo y

configuré la diminuta pantalla a modo holográfico. Maust inspeccionó la pistola mientras yo la empuñaba.

—¿Sabes? —dijo después de un rato—. Esto podría tener bastante valor.

—No, para todos los demás es un cacharro inútil. Solo funcionará en mis manos y es imposible quebrantar su fidelidad. Se desactivaría.

—¡Qué... leal! —dijo Maust, sentándose y mirándome fijamente—. Debe de estar todo perfectamente organizado en esa Cultura tuya. La verdad es que no te creí demasiado cuando me contaste esa historia, ¿sabías eso, cariño? Pensé que solo estabas intentando impresionarme. Supongo que ahora tendré que creerte.

Me agaché delante de él, puse la pistola sobre la mesa y las manos en su regazo.

—Entonces, créeme cuando te digo que no puedo hacer lo que me piden y que estoy en peligro; quizás ambos lo estamos. Tenemos que irnos. Ya, hoy o mañana. Antes de que ideen alguna otra forma de obligarme a hacerlo.

—Tienes miedo, ¿eh? —dijo Maust sonriendo, mientras me alborotaba el pelo—. Estás desesperado y preocupado. —Se inclinó hacia mí y me besó en la frente—. Wrobbie, Wrobbie; no puedo irme contigo. Si crees que debes irte, hazlo, pero yo no puedo seguirte. ¿No sabes cuánto significa para mí esta oportunidad? Llevo toda la vida deseando esto; puede que no tenga otra ocasión. Tengo que quedarme, pase lo que pase. Vete tú; vete tan lejos como tengas que irte y no me digas dónde. Así no podrán utilizarme, ¿no? Ponte en contacto por medio de algún amigo, una vez se hayan calmado los ánimos. Después ya veremos. Quizás puedas volver; quizás yo pierda mi gran oportunidad, de todas maneras, y pueda irme contigo. Todo saldrá bien, ya pensaremos en algo.

—Pero no puedo dejarte —gemí, dejando caer la cabeza sobre su regazo, con ganas de llorar.

—¡Oh! A lo mejor te sorprende descubrir que te alegras del cambio. —Me consoló abrazándome mientras me acunaba—. Tendrás éxito donde quiera que vayas, tesoro. Probablemente tendré que matar a algún navajero para recuperarte.

—Por favor, por favor, vente conmigo —sollocé contra su batín.

—No puedo, amor mío. Simplemente no puedo. Iré a despedirme de ti, pero no puedo ir contigo.

Se quedó allí, abrazándome mientras lloraba; la pistola yacía silenciosa y lúgubre sobre la mesa, junto a él, rodeada por los restos de nuestro almuerzo.

Me marchaba. Salí del piso por la escalera de incendios justo antes del amanecer, trepé sobre dos muros sujetando firmemente mi bolsa de viaje, cogí un taxi desde la avenida General Thetropsis hasta la estación intercontinental... después cogería un tren subterráneo hasta Bryme y allí la cámara *Lev*, con la esperanza de que hubiera plaza en cualquier cosa que se dirigiera al exterior, ya fuera transestelar o interestelar. Maust me había dejado algo de dinero de sus ahorros y aún me quedaba un pequeño crédito de calificación alta. Lo conseguiría. Dejaría mi terminal en el apartamento. Me resultaría útil, pero los rumores eran ciertos; la policía podía seguirles el rastro y no iba a escapar de Kaddus y Cruzell para echarme encima a un dócil policía del departamento correspondiente.

La estación estaba abarrotada. Me sentí bastante seguro entre aquellas altas y ruidosas salas, rodeado de gente y comercios. Maust venía directamente desde el club para despedirme; había prometido asegurarse de que no lo siguieran. Tenía el tiempo justo para dejar la pistola en la consigna de equipajes. Le enviaría la llave a Kaddus, intentaría apaciguar un poco su instinto asesino.

Había una gran fila frente a las consignas; permanecí allí, exasperado, tras varios cadetes de la Marina que me explicaron que el retraso se debía a que los mozos estaban inspeccionando todos los bolsos y maletas para detectar bombas, una nueva medida de seguridad. Abandoné la fila para ir a reunirme con Maust; tendría que desprenderme de la pistola de algún otro modo. Enviar aquel maldito cacharro por correo o incluso tirarlo a algún contenedor.

Esperé en el bar, tomando algo inofensivo. Me miraba la muñeca continuamente, aunque seguidamente me sentía inútil. Había dejado el terminal en el apartamento; tendría que usar un teléfono público, buscar un reloj. Maust llegaba tarde.

En el bar había una pantalla donde emitían un boletín informativo. Aparté de mi mente la absurda sensación de que, de algún modo, ya era una persona perseguida, una cara que podría aparecer en el programa informativo en cualquier momento. Escuché las mentiras del día para quitarme de la cabeza el paso del tiempo.

Mencionaron la vuelta del almirante de la flota, que se esperaba para dentro de dos días. Observé la pantalla, con una sonrisa nerviosa. Sí, y nunca sabréis lo cerca que ha estado ese cabrón de ser exterminado de los cielos. Durante uno o dos minutos me sentí importante, casi un héroe.

Entonces cayó la bomba; una simple mención, una nota al margen, el tipo de comentario que hubieran cortado si el programa acabara unos cuantos segundos antes: que el Almirante traería a un invitado, un embajador de la Cultura. Me atraganté con la bebida.

¿Sería aquel mi verdadero objetivo si hubiera seguido adelante?

De todos modos, ¿qué estaba haciendo la Cultura? ¿Un embajador?, la Cultura lo sabía todo sobre la Comunidad Económica de Vreccile y estaba observándola, analizándola; complacida de

verla lo suficientemente afectada y sola por ahora. Los ciudadanos de Vreccile no tenían ni idea de lo avanzada o lo extendida que estaba la Cultura, aunque la Corte y la Marina lo sabían con bastante exactitud. Aquello bastaba para que estuvieran un poco paranoicos (aunque si lo hubieran sabido, no estarían lo bastante preocupados de ninguna manera). ¿Para qué enviaban a un embajador?

¿Y quién estaba tras aquel intento de atentado contra la nave? Sendero Luminoso sería indiferente al destino de un simple extraterrestre, en comparación con el golpe propagandístico que suponía derribar una nave estelar. Pero ¿qué pasaba si la pistola no la habían proporcionado ellos, sino una agrupación de la propia Corte o de la Marina? La CE de Vreccile tenía problemas; problemas sociales, problemas políticos. Quizás el Presidente y sus compinches estaban pensando en pedir ayuda a la Cultura. Esto podría conllevar el tipo de cambios que algunos de los oficiales más corruptos considerarían como una amenaza grave para sus lujosos estilos de vida.

Mierda, no lo sabía; quizás todo este intento de exterminar la nave provenía de un fanático de los cuerpos de seguridad o la Marina que intentaba saldar una vieja deuda, o simplemente saltar unos cuantos peldaños en el escalafón. Aún seguía pensando en esto cuando me llamaron por megafonía.

Me quedé sentado rígidamente. Me llamaron por el sistema de megafonía de la estación, tres veces. Una llamada de teléfono. Me convencí a mí mismo de que era Maust, que me llamaba para decir que llegaba tarde. Sabía que me dejaría el terminal en el apartamento, de modo que no podía llamarme directamente. Pero ¿anunciaría mi nombre en mitad de una estación abarrotada sabiendo que estaba intentando marcharme discreta y sigilosamente? ¿Seguiría tomándoselo tan a la ligera? No quería contestar aquella llamada. Ni siquiera quería pensarlo.

Mi tren salía en diez minutos; cogí mi bolsa. Volvieron a convocarme por megafonía, mencionando esta vez el nombre de Maust. Siendo así, no me quedaba otra opción.

Me dirigí al mostrador de información. Era una videollamada.

—Wrobick —suspiró Kaddus, negando con la cabeza. Estaba en alguna oficina, anónima, anodina. Maust estaba de pie, pálido y asustado, justo detrás del asiento de Kaddus. Cruzell permanecía a su derecha.

Maust sonreía sobre su delgado hombro. Cruzell se movía ligeramente; Maust no dejaba de temblar. Observé que se mordía el labio.

—Wrobik —repitió Kaddus—. ¿Ibas a marcharte tan pronto? Creía que teníamos una cita, ¿no?

—Sí —dije tranquilamente, mirando a Maust a los ojos—. He sido un tonto. Yo... me quedaré... un par de días. Maust, yo...

La pantalla se volvió gris.

Me giré lentamente en la cabina y observé la bolsa donde yacía la pistola. Cogí la bolsa. No me había dado cuenta de cuánto pesaba.

Estaba en el parque, rodeado de árboles empapados y rocas desgastadas. Los senderos se esculpían en el maltrecho suelo en varias direcciones y la tierra emanaba un aroma cálido y húmedo. Desde la cima de la ligera elevación escarpada donde me encontraba, bajé la mirada hacia los botes que navegaban en la penumbra, con las luces reflejándose en las pacíficas aguas del lago. El barrio de la división nocturna de la ciudad se adivinaba a lo lejos como una vaga plataforma de luz. Oía cantar a los pájaros desde los árboles que me rodeaban.

Las luces aeronáuticas de la cámara *Lev* ascendieron como un collar de repentinas cuentas rojizas hacia el azulado cielo vespertino; a unos cien kilómetros por encima de mi cabeza, el puerto

situado en la cumbre de la *Lev* se iluminó, sin quedar eclipsado aún, en mitad de la luz solar. Sobre los edificios del Parlamento y la plaza Mayor de la zona urbana, el cielo comenzó a iluminarse con rayos láser, reflectores ordinarios y fuegos artificiales químicos; un espectáculo para celebrar el victorioso regreso del almirante y, quizás también, del embajador de la Cultura. Aún no se podía ver la nave.

Me senté sobre el tronco talado de un árbol, envolviéndome bien con la chaqueta. Tenía la pistola en la mano; encendida, preparada, oscilante, configurada. Había intentado actuar con perfeccionismo y profesionalidad, como si supiera lo que estaba haciendo. Había dejado incluso una motocicleta alquilada oculta entre unos arbustos al otro lado de la pendiente, cerca de la carretera. En realidad, podría acabar librándome de todo aquello. Eso es lo que me dije a mí mismo. Observé la pistola.

Había barajado la idea de usarla para intentar rescatar a Maust, o quizás para quitarme la vida; incluso había pensado entregarla a la policía (otra forma de suicidio, más lenta). También había considerado la posibilidad de llamar a Kaddus y decirle que la había perdido, que no funcionaba, que no podía matar a ningún compañero de la Cultura..., cualquier cosa. Pero al final, nada.

Si quería recuperar a Maust, tenía que hacer lo que me había comprometido a hacer.

Detecté un destello en el cielo, sobre la ciudad. Un dibujo de luces doradas y descendentes. La luz central era de mayor tamaño y brillaba con más intensidad que el resto.

Pensé que no sería capaz de volver a sentir nada más, pero percibía un intenso sabor en la boca y me temblaban las manos. Quizás me volvería loco una vez derribada la nave y atacaría también la cámara *Lev*; lo destrozaría todo (¿o quedaría una parte girando en mitad del espacio? Quizás debía hacerlo solo para comprobarlo). Desde aquí podría bombardear media ciudad (joder, me estaba olvidando de los disparos en curva; podría

bombardear toda la maldita ciudad). Podría derribar las naves escolta y atacar las aeronaves y las naves de las patrullas de policía. Antes de que me capturaran, podría protagonizar el mayor ataque que la ciudad de Vreccile hubiera sufrido nunca...

Las naves se alzaban sobre la ciudad. Al quedar fuera del alcance del sol, sus cascos reflectantes antiláser resultaban más pálidos. Aún seguían descendiendo, a unos cinco kilómetros de altura. Volví a comprobar la pistola.

Quizás no funcione, pensé.

Los rayos láser relucían en mitad de la noche y de la suciedad que se cernía sobre la ciudad, dibujando estrechos lunares en las altas y tenues nubes. Los haces de luces reflectoras se desvanecían y extendían entre aquella misma bruma, mientras los fuegos artificiales explotaban y caían lentamente a continuación, titilando y centelleando. Las pulcras naves descendían majestuosamente para aproximarse a las luces de bienvenida. Analicé la colina rodeada de árboles; estaba solo. Una cálida brisa transportaba hasta allí el quejumbroso sonido del tráfico de la carretera.

Alcé la pistola y ajusté la mira. En la pantalla holográfica apareció la formación de naves, alumbrada con la luz de la luna. Ajusté el aumento, apreté el botón de mando; la pistola captó la nave insignia y se quedó totalmente fija en mi mano. Un reluciente punto blanco marcó en la pantalla el centro de la nave.

Volví a mirar a mi alrededor, con el corazón latiéndome frenéticamente y la mano inmovilizada por aquella pistola anclada. Seguía sin venir a detenerme nadie. Me escocían los ojos. Las naves se encontraban a unos cientos de metros sobre los edificios estatales del centro de la ciudad. Los navíos exteriores se quedaron allí, mientras que la nave central, el buque insignia, descendía hacia la plaza Mayor, enorme y colonial, como un espejo acoplado sobre la reluciente ciudad. La pistola bajaba en mi mano, trazando su trayectoria.

Quizás el embajador de la Cultura no fuera en aquella maldita nave, de todos modos. Todo esto podría ser un montaje de la sección de Circunstancias Especiales; quizás la Cultura ya estuviera preparada para intervenir y había persuadido a los inductores para que me eligieran a mí, un hereje, y precipitar así las cosas. El embajador de la Cultura podría haber sido una estratagema, por si empezaba a sospechar... No lo sabía. No tenía ni idea de nada. Estaba inmerso en medio de un mar de posibilidades, pero despojado de elecciones.

Apreté el gatillo.

La pistola me propulsó hacia atrás, todo mi alrededor se inundó de luz. Un resplandor cegador se extendió, al parecer de forma instantánea, desde mi mano a la nave que se alzaba a diez kilómetros de distancia. En algún lugar de mi cabeza resonó una intensa detonación y me caí del tronco del árbol.

Cuando me volví a sentar, la nave se había desplomado. La plaza Mayor estaba envuelta en llamas, humo y unos extraños y erizados destellos de relámpagos terribles; el resto de rayos láser y fuegos artificiales quedaron atenuados. Permanecí inmóvil, temblando, con los oídos llenos de pitidos, y observé lo que había hecho. Los esprinterceptiles más rezagados de los escoltas entrecruzaban el aire sobre los restos de la nave siniestrada y aterrizaban violentamente en el suelo, con los automatismos enloquecidos por la vertiginosa velocidad del rayo de plasma. Sus misiles explotaban con total intensidad entre los edificios y avenidas del centro de la ciudad, destrozo tras destrozo.

El estruendo de la primera explosión retumbaba y se extendía por todo el parque.

La policía y las naves escolta empezaban a reaccionar. Vi las luces de las patrullas de policía elevarse con efecto estroboscópico desde el centro; una nave escolta comenzó a girar lentamente sobre las salvajes y centelleantes radiaciones de los restos del siniestro.

Me metí la pistola en el bolsillo y crucé corriendo el húmedo sendero hacia la motocicleta, lejos del borde de la colina. Si cerraba los ojos, que me abrasaban, todavía podía ver el haz de luz que me había unido brevemente a la nave estelar; *un auténtico sendero luminoso*, pensé, a punto de echarme a reír. Un sendero luminoso recluido en la tenue oscuridad de mi mente.

Salí corriendo para unirme al resto de la pobre gente que intentaba huir de aquella catástrofe.